

camente no adyacentes y estén ansiosos por compararse con ellos. De ahí que tales sociedades se caractericen por índices elevados de interacción deportiva entre las zonas, un proceso que conduce a la estratificación interna en deportes concretos, a una escala jerárquica de deportistas y equipos deportivos en la cima de la cual se hallan los representantes de las unidades más grandes.

Esto significa, a su vez, que las presiones y controles recíprocos que operan en las sociedades urbanas industrializadas se repiten generalmente en la esfera del deporte. En consecuencia, los deportistas del más alto nivel no pueden ser independientes y jugar sólo por diversión, sino que se ven obligados a una participación deportiva seria y dirigida a lo otro. Es decir, no pueden jugar por sí mismos sino que han de representar forzosamente a unidades sociales de gran tamaño tales como ciudades, condados y países. Por esa razón se les proporcionan ganancias materiales y/o de prestigio, instalaciones y tiempo para entrenarse. A cambio, se espera de ellos que realicen una buena «actuación deportiva», o sea, las satisfacciones que exigen los controladores y «consumidores» del deporte, el espectáculo de una competición emocionante por la que están dispuestos a pagar, o la validación, mediante el triunfo, de la imagen y la «fama» de la unidad social con la cual unos y otros se identifican. Idéntico sentido tienen las ingentes cantidades de personas implicadas y el marco competitivo local, regional, nacional e internacional del deporte moderno. Todo ello indica que la alta y sostenida motivación para ganar, la planificación a largo plazo, el estricto autocontrol y la renuncia a una gratificación inmediata, en otras palabras: la práctica y el entrenamiento constantes, son necesarios para llegar a la cima y permanecer en ella. También es indispensable un cierto control burocrático, lo cual conduce todavía más a la subordinación de los deportistas en otro aspecto.

En todos estos sentidos la figuración social, el patrón de dependencias entre los grupos característico de toda nación-Estado urbana e industrial, genera restricciones que obstaculizan la puesta en práctica de la ética de afición, con su hincapié en el placer como meta central del deporte. O dicho con más exactitud, genera restricciones que son trabas a la obtención del placer inmediato y a corto plazo, que impiden que cada encuentro deportivo sea un fin en sí mismo, sustituyéndolo, tanto para los jugadores como para los espectadores, por metas a más largo plazo tales como la victoria en una liga o copa, o por satisfacciones que tienen que ver de forma más directa con la identidad y con el prestigio. Además, tales restricciones no están confinadas al deporte de alto nivel, sino que descienden haciéndose sentir hasta en los niveles más bajos de las competiciones deportivas. Esto es debido en parte al hecho de que los deportistas de alto nivel forman un grupo de referencia que, promovido por los medios de

comunicación de masas, establece pautas que los demás tratan de seguir. También es, en parte, consecuencia de las presiones generadas por las recompensas materiales y de prestigio que pueden obtenerse llegando a la cima. Sin embargo, esta disminución del placer como objetivo central del deporte en modo alguno se debe sólo a las presiones generadas dentro del deporte mismo sino también, y quizá fundamentalmente, a la angustia y la inseguridad penetrantes y profundamente arraigadas de forma general en una sociedad que se caracteriza por presiones y controles multipolares y en la cual los soportes de la identidad y el *status* asociados a las relaciones tradicionales de clase y autoridad, entre los sexos y las generaciones, se han visto erosionados en su base por la democratización funcional, es decir, por el proceso nivelador que es consustancial, según Eliás, a la división del trabajo.

CONSIDERACIONES SOBRE LA CRECIENTE IMPORTANCIA SOCIAL DEL DEPORTE

Con lo dicho hasta aquí he presentado en líneas generales una explicación figuracional de la tendencia generalizada a tomar el deporte con una seriedad cada vez mayor. Queda por analizar, en relación con esto, el proceso que ha llevado al aumento de su importancia social. Por tratarse de una cuestión complicada, sólo podremos tratarla brevemente en este ensayo. Además del cambio, tanto en las ideas como en los hechos, ocurrido en el equilibrio entre trabajo y ocio, se puede señalar un proceso que ha aumentado la importancia social de las actividades recreativas en general, un conjunto de al menos tres aspectos de la emergente figuración social moderna que están interrelacionados y que han contribuido al aumento de la importancia social del deporte. Son: 1) el hecho de que el deporte ha cobrado fuerza como una de las principales fuentes de emoción agradable; 2) el hecho de que se ha convertido en uno de los principales medios de identificación colectiva y 3) el hecho de que ha llegado a constituirse en una de las claves que dan sentido a las vidas de muchas personas.

Eliás y yo hemos señalado antes que el deporte es un acontecimiento recreativo «mimético» que puede producir emoción agradable y que, en ese sentido, realiza una función «des-rutinizadora»¹⁹. No hay, sin embargo, sociedad sin controles y rutinas o, en palabras de Eliás, no existe un «punto cero» de civilización. En ese sentido, la necesidad de desrutinización es probablemente universal. Ahora bien, como las sociedades urbanas industrializadas se caracterizan

¹⁹ Véase el capítulo I de este volumen.

por un alto grado de rutinización y civilización, con presiones y controles multipolares, sus miembros están en consecuencia continuamente presionados a ejercer una fuerte restricción emocional en su vida diaria, con lo cual la necesidad de actividades recreativas desrutinizadoras como los deportes es particularmente intensa en tales sociedades. No obstante, este proceso desrutinizador, esta excitación de las emociones en público que la sociedad permite, está a su vez sometida a controles civilizadores. En otras palabras, el deporte es tanto para los jugadores como para los espectadores un reducto social, en el que puede generarse emoción agradable en una forma socialmente limitada y controlada.

Con todo, la excitación generada puede ser intensa, especialmente en los acontecimientos deportivos de alto nivel que atraen a grandes cantidades de personas y, *pase* Huizinga, para quien el deporte se ha vuelto «profano», es probablemente esto lo que constituye la base experimental de la percepción generalizada del deporte como un fenómeno «sagrado». Durkheim alegaba que la emoción o «efervescencia» colectiva generada en las ceremonias religiosas de los aborígenes australianos constituía la principal fuente de experiencia para considerarlas un reino «sagrado»²⁰, y no parece descabellado suponer que la «efervescencia colectiva» generada en los acontecimientos deportivos sea la raíz del hecho de que, al menos en Gran Bretaña, sea común hablar de los terrenos de juego de fútbol y de críquet, sobre todo de aquellos en que tienen lugar los encuentros representativos, como del campo «sagrado» o «santificado». De hecho, probablemente no sería exagerado decir que, al menos para ciertos grupos de la sociedad actual, el deporte se ha convertido en una actividad quasi-religiosa y que, hasta cierto punto, ha venido a llenar el vacío dejado en la vida social por el declive de la religión. Un ejemplo extremo pero significativo de este carácter quasi-religioso del deporte moderno lo hallamos en el hecho de que en Liverpool es ya casi una tradición que los seguidores del Liverpool Football Club dispongan que a su muerte sus cenizas sean esparcidas sobre el terreno de juego del estadio Anfield, como si desearan continuar identificados, aun después de la muerte, con el «sagrario» o «templo» ante el que profesaron su culto estando en vida. En cualquier caso, sin llegar a estos extremos, está claro que participar como jugador y/o espectador en algunos deportes ha llegado a convertirse en uno de los principales medios de identificación colectiva en la sociedad moderna, así como en una de las principales fuentes de sentido en la vida de numerosas personas. En resumen, no es absurdo en modo alguno decir que el depor-

²⁰ *The Elementary Forms of the Religious Life*, Londres, 1976.

te está convirtiéndose cada vez más en la religión seglar de esta época cada vez más profana.

Probablemente es el carácter oposicional por naturaleza del deporte, o sea, el hecho de ser una lucha por el triunfo entre dos o más equipos o individuos, lo que explica su preeminencia como centro de la identificación colectiva. Esto significa que se presta a la identificación de grupos, más exactamente a la formación «dentro del grupo» y «fuera del grupo», o a la de «nosotros como grupo» y «ellos como grupo», en una variedad de niveles tales como los niveles de ciudad, región o país. El elemento oposicional es decisivo, puesto que el enfrentamiento sirve para reforzar la identificación como grupo, es decir que el sentimiento de «nosotros» como grupo, como unidad, se refuerza ante la presencia de otro grupo percibido como «ellos», el equipo contrario, sea local o nacional, y sus seguidores. Así es, en efecto, pues dentro de las naciones-Estado internamente pacificadas, es decir, en las sociedades en que el Estado ha monopolizado el derecho a emplear la fuerza física, el deporte proporciona a las unidades sociales grandes, complejas e impersonales como las ciudades la única oportunidad de unirse. Similarmente, en el plano internacional acontecimientos deportivos como los Juegos Olímpicos y la Copa del Mundo son las únicas ocasiones que en tiempo de paz tienen las naciones-Estado para reunirse de modo regular y visible. La expansión internacional del deporte se ha afirmado con el aumento de la interdependencia de los países y con la existencia, salvo algunas notables excepciones, de una paz mundial frágil e inestable. Competiciones como la de los Juegos Olímpicos permiten que los representantes de diferentes naciones compitan sin matarse entre sí, aunque el grado en que tales encuentros han dejado de ser batallas fingidas para convertirse en luchas «reales» está en función, *inter alia*, del nivel preexistente de tensión entre cada una de las naciones-Estado implicadas. Y naturalmente, es con el fin de participar en este nivel supremo de competición deportiva por lo que se requieren los niveles más altos de motivación constante para ganar, de autocontrol y autonegación por parte de los deportistas.

Esto me lleva al último punto de mi presentación: **que la presión social ejercida sobre los deportistas en todos los países del mundo para que se esfuercen por ganar en las competencias internacionales es otro factor que incide en la destrucción del elemento lúdico del deporte.** Además, de esto, es el aumento del prestigio nacional que puede obtenerse triunfando en el deporte internacional lo que ha contribuido principalmente a que los gobiernos intervengan en las cuestiones deportivas, una tendencia que Huizinga deploraba. Se ha dicho que el deporte es un sustituto viable de la guerra, pero pensar así es ver el deporte

como una abstracción, como algo independiente y alejado de las figuraciones de seres humanos interdependientes que toman parte en él. Ésta es la cuestión central: si las figuraciones formadas por personas interdependientes, en el deporte como en los demás campos, conducen a la cooperación o a la rivalidad amistosa o si, por el contrario, generan constantemente una lucha seria. Se trata de un tema en el que la investigación sociológica apenas se ha iniciado. No obstante, hay al menos una notable excepción: la obra de Norbert Elias, que he tomado como prototipo al elaborar este trabajo.

Elias, Norbert y Dunning, Eric,
Deporte y Ocio en el proceso de
civilización; Madrid, Fondo de
 Cultura Económica, 1992